

— Lo que yo necesito es, en suma, lo mismo que tú dices: apoderarme, no tanto del Senado, como del emperador.

— Ve con qué razón y fundamento hablaba yo, á pesar del arquear de tus cejas y del retumbar de tu voz.

— Con fundamento me redarguyes, Selia, y no puede una menos de asombrarse viendo cuánto saben de achaques políticos nuestros siervos.

— Nosotros, en estas casas, bien puede asegurarse que somos como las paredes vivas, como las estatuas animadas, como los cuadros movibles.

— Y á vosotras bien puede aplicarse esa célebre frase de *las paredes oyen*.

— Y no solamente oyen; las paredes hablan.

— Tienes razón.

— Y porque oyen, y después de oír hablan estas paredes, necesitan los poderosos de Roma compartir el poder con sus libertos; y en este instante, Agripina, mucho más temes á un liberto, á Narciso, que á un emperador, á Claudio.

— Estás en lo cierto.

— Como que todo cuanto se piensa ó se trama en estos hogares á nuestros oídos llega; y cuando quieren ocultárnoslo, solemos presentirlo en nuestros corazones acostumbrados á latir por nuestros amos, y adivinarlo por la intuición maravillosa que se despierta y se aguza en la desgracia.

— Pues bien; tienes razón, y es inútil ocultarte lo que puedes tú sorprender hasta en los ensueños mil veces patentizados por mis frases incoherentes dichas sin voluntad y sin conciencia.

— Comprendo muy bien todas las dificultades con que tropiezas; y como nosotros amamos al ser con quien vivimos, haría cuanto tú mandases para servirte, como puede servir el puñal á la mano. Y no estando á mi arbitrio hacer otra cosa en tu pro, dirijo plegarias á los dioses, y les ofrezco exvotos para que te protejan á ti en persona y prosperen tu causa.

— Bien lo necesito.

— Pues que los dioses me oigan.

— Yo me propongo dos empeños á cual más dificultoso.

— ¡Ya lo creo!..

— El casamiento con Claudio y la adopción por Claudio de mi hijo Nerón.

— El casamiento me parece más fácil que la adopción.

— No creas tal.

— Pues entonces ambas cosas ofrecerán grandes dificultades.

— El casamiento encuentra una condenación expresa en las leyes nuestras. No hay caso ninguno como el que yo pretendo. Un matrimonio entre sobrina y tío carnales pasa en las leyes, y aún más en las costumbres, cual horrible incesto. Las leyes y las costumbres romanas tienen suma fuerza. Unos emperadores incestuosos, á duras penas podrían imperar en ciudad como la nuestra, tan pagada de sus formas jurídicas y de sus tradiciones legales. La familia resultará siempre la piedra cuadrangular de la Ciudad Eterna. Y no tienes, para convencerte de tal verdad, sino acordarte cómo no pude hallar, ni en las mismas clases inferiores, quien quisiese intentar un matrimonio de tal clase y establecer por una serie de verdaderas excepciones la derogación de semejante ley. Así, cual no se pueden casar hija y padre, no pueden casarse tampoco, dadas las repugnancias nuestras, sobrina y tío carnales.

— Tienes razón; ya voy comprendiendo cómo el matrimonio tuyo con Claudio trae iguales ó mayores inconvenientes que la indispensable adopción de Nerón.

— Yo te lo aseguro; yo me contentaría con ésta, si no la creyera imposible sin el previo matrimonio.

— Sí, porque topas con una dificultad: con la dificultad enormísima de que nunca jamás lograrás reemplazar al hijo de sus entrañas, al amado de su corazón, al varón que generara él, á su Británico, tan predilecto, con un pariente como Nerón.

— Y esta familia de los Claudios, toda ella muy orgullosa, ufánase y se gloria con que nunca se renovó, ni se conservó por medio de las adopciones. El nombre suyo hase perpetuado de padres á hijos por naturales generaciones y con directos herederos. Un extraño, por próximo que fuese al trono, ha podido jamás entroncar con ellos.

— Así, pues, Claudio debe aspirar hoy á que tal privilegio de su familia perdure, y lo mantendrá con empeño hasta vincularlo en su Británico.

- Pero hay un medio de inutilizarlo.
- ¿No me llamarás irreverente, ni te darás por ofendida si te digo que sólo veo yo uno?
- ¿Cual?
- Pues veo solamente la muerte.
- No digas eso, Selia.
- Me parece duro de pelar en ciertos afectos el buen Claudio, y difícil, por tanto, la indispensable adopción de tu hijo.
- Nerón me ayuda con su gracia personal y sus talentos artísticos que traen muy enjotado á su tío.
- Pero Británico proviene de sus entrañas y es la sangre misma suya. Así lo ama por estar persuadido de que es el príncipe carne de su carne y sangre de su sangre.
- Fácil cosa disuadir á Claudio de tales persuasiones.
- ¡Qué se yo!
- Como buen jurisconsulto, encuéntralo cavilósísimo, y como buen caviloso muy fácil de persuadir á cualquier extrema resolución.
- Lo conozco y sé bien que ha dado sentencias contradictorias, pero tratándose de los extraños; no creo que proceda lo mismo tratándose de los suyos.
- Como la historia de Mesalina ofrece tanto margen á la sospecha, cosa fácil convencerlo de que Británico no lleva una gota de sangre suya en el cuerpo y persuadirle con arte al desconocimiento de este infeliz.
- Cosa grave.
- Pero tamaña gravedad salta en cada renglón de los anales cesáreos.
- No lo dudo, y porque lo dije antes con sinceridad me has reconvenido con dureza.
- Ningún emperador de Roma fué hijo de su predecesor.
- No lo era de César Augusto, no de Augusto Tiberio, no de Tiberio Calígula, no de Calígula Claudio; tampoco, pues, lo será de Claudio Nerón.
- Pero hete dicho, y me reitero en tal dicho ahora, que la victoria del Nerón de Agripina supone la muerte del Británico de Claudio.

- No digas tales cosas.
- Vuelvo á repetirte que nosotros sorprendemos con suma facilidad los pensamientos y propósitos vuestros porque comemos el mismo pan que vosotros, respiramos el mismo aire, vivimos bajo el mismo techo.
- Los nietos de Augusto vivían, cuando ya éste había en sus rescriptos adoptado á Tiberio.
- No traigas tal ejemplo, Agripina, porque tal ejemplo corrobora cuanto yo he dicho y confirma la sentencia capital que veo yo cernerse, por razón de Estado, sobre la cabeza del joven Británico. Reinó Tiberio, mas á ¿qué precio? Livia necesitó inmolar á todos los herederos naturales de su esposo Augusto para que pudiese reinar aquel su hijo. El veneno sutil, el centurión homicida, el destierro asesino, el odio inextinguible, llenaron de víctimas el trono romano. Tiberio se levantó sobre un pedestal de huesos é imperó por ministerio de la muerte. Agripina, si te crees en el caso de proceder así, procede; imita lo hecho por tu abuela inmortal, fundadora, con Augusto, del Imperio; mas procede con resolución enérgica y no con tibieza estéril. Desde los puestos muy altos hay que mirar los abismos con ojos muy serenos y sin vértigo alguno.
- Mira, Selia, no creo precisos los expedientes á que tú aludes ni la repetición de los ejemplos que tú recuerdas. Todavía no hemos andado la parte más difícil de la vía dolorosa que mi vista columbra; todavía no hemos ido hasta mi casamiento. Pero mi casamiento, que no se detendrá, no, ante la voluntad, flexible siempre, de Claudio, sino ante las leyes romanas, inflexibles de suyo; mi casamiento cambiará los términos del problema en modo tal, que podré con seguridad prosperar á mi Nerón amado sin detrimento de su joven imperial tío, mi primo hermano. Hay medios de conciliarlo todo. Puede tener el uno los poderes imperiales en su mano y el otro las riquezas. Pueden colmarse con honores y con placeres los abismos que dejen vacíos la imperial autoridad y la satisfacción inmensa de gobernar al pueblo. Yo creo necesario ante todo y sobre todo, preparar el gran cambio: mi ascensión indispensable al palacio imperial y mi parte máxima en el gobierno de la Tierra. Luego todo se andará. Yo haré á mi Nerón emperador en Roma y á Británico general en jefe.

— Mas, Agripina, tú lo has dicho mil veces: un emperador en Roma tiene que ser por fuerza un general en jefe.

— ¿General? Y pontífice y tribuno y censor, y el Senado todo, y la suma de los pretorianos, y la ley viva, y el poder supremo, y la grande incontrastable autoridad y todas las majestades y todas las grandezas al pueblo-rey congénitas.

— Pues ¿cómo, teniendo que ser todo Nerón, te compondrás para que no sea nada Británico? Dos emperadores no caben dentro de nuestro mundo, como no caben dentro de nuestro cielo dos soles. Tarde ó temprano habrá de acabar Británico en estas porffas con su pariente Nerón, ó éste, á su vez, con Británico.

— A Nerón, al hijo mío, nada puede pasarle mientras viva yo. Desde la hora en que lo engendré, sentí por él una pasión verdaderamente sin límites. No había yo amado la persona de mi virtuosa madre en su santa viudez, ni la memoria de mi padre, tan predilecta del pueblo-rey, ni á mi esposo Eneobarbo, como he querido á mi Nerón, al fruto sacro de estas generadoras entrañas. Cuando lo veo, amo en él todo lo pasado, y en él me anticipo todo lo porvenir. Mis padres en su rostro se me aparecen y mis abuelos; tras de su figura columbro en las lontananzas del tiempo cien hermosos nietos que le han levantado altares á él, y por él á su madre. Así que lo sentí palpitar en mi seno, sentí cómo traía consigo una diadema. En todos los misterios de la gestación, y en todas las sugerencias de su cuerpecillo á mis entrañas, y de mis entrañas á mi cabeza, lo vi emperador, y emperador ceñido de una corona gloriosa. Llevó antes de nacer inequívoca señal del destino reservado á su vida por el cielo. Cuantos presagios me han sorprendido y cuantos oráculos yo he consultado, hanme dicho á una que reinaría Nerón. Y no en vano se tiene la sangre de Livia en el cuerpo; no en vano se procede, como de un dios, del inmortal Germánico; no en vano se ha llamado madre á una mujer como Agripina, universalmente aclamada por todas las legiones; no en vano se ha nacido en tiendas de campaña imperiales; todos estos antecedentes llegan á presentarse por un decreto del destino en maravillosa conjunción y á dar de sí por supremo resultado un joven como Nerón, engendrado y parido para imperar sobre los demás hombres. Yo siento en mis oídos una voz que me dice: «como nieta de gloriosos césares, tú serás del empera-

dor Claudio esposa y madre del emperador Nerón.» Así, no dudo un instante que lo seré, y alzaré yo sola en mis brazos al hijo de mis entrañas al trono de la tierra. Después de haberlo engendrado en momentos de amor inolvidable, sentí dolo en mi vientre latir, alimentádolo con mi sangre, parí dolo entre dolores con estoica indiferencia soportados por darle al mundo después de haberle dado vida, voy á colocarlo en el sitio más alto de la Tierra y á ceñirle una diadema que parezca hecha con astros de la noche, y á envolverlo en la púrpura de los césares; con ánimo, no obstante grandezas tamañas, de tenerlo en tutela, para que, si reina él sobre Roma, reine yo sobre él. Así, no me detendré ante obstáculo ninguno, y saltaré sobre todo hasta ver á mi Nerón á la cabeza del mundo y ver extendida mi mano sobre la cabeza de Nerón. Mi persona rematará y coronará á la Tierra.

— Los dioses te oigan.

— Ya me consume la impaciencia por comenzar mi plan.

— ¿No has oído aún á tu consejero Vitelio?

— No, pero vendrá pronto, porque hace una hora que mandé por él y debe llegar ya.

En efecto, apenas había dicho estas palabras Agripina, cuando la voz de un esclavo gritó:

— El senador Vitelio.

— Bien venido sea. Déjanos, Selia — dijo Agripina.

— Que los dioses prosperen tus proyectos — exclamó la sierva en voz alta. Pero en seguida exclamó en voz baja: ¡Infeliz Británico!

— Vitelio, salud.

— Salud mil veces, Agripina — respondió Vitelio.

— ¡Gran día, en verdad, amigo mío!

— De los pocos que entran en cuenta.

— Murió la emperatriz — exclamó Agripina, respirando muy fuertemente y con sumo desahogo.

— Dijeras mejor que la mataron.

— ¡Ya lo creo! Como que, sin la violenta muerte, su piel era durísima en demasía para morir tan joven.

— Y la mataron tus enemigos.

— Cierto. Narciso trajo á mis pies la presa; Narciso en persona.

— Parece imposible la ceguera de que adolece siempre el rencor.

— Yo siempre confié toda mi vida en que la emperatriz caería de suyo al abismo por cualquiera de sus desórdenes.

— Yo no me atrevía en mis meditaciones á pensar en lo porvenir, temeroso, con fundamento, de las bellaquerías propias del bellaquísimo Claudio.

— Cree que Narciso, por odio á mí, deja eternamente la triste adúltera en desorden, si las bodas dementísimas y las increíbles aspiraciones al Imperio de Silio no le alarman y le imponen la terrible necesidad imperiosa de infligir tal pena.

— Entre un peligro cierto, como el atentado de Mesalina, y un peligro incierto, como la sustitución de Mesalina por mí, Narciso ha conjurado el peligro cierto.

— Pues ahora precisa romper en guerra con él.

— Y guerra formidable; que no conozco enemigo más temible.

— Precisa ir destruyendo con acierto y habilidad todas las pretensiones presentadas por protegidas de Narciso al tálamo de Claudio.

— ¿Ganaste á Palas?

— Lo gané.

— ¿Le ofreciste toda suerte de larguezas...

— ¿Le ofrecí? Larguéle ya las primeras.

— Aunque nunca tuviera en el ánimo de Claudio la privanza que Narciso, priva mucho todavía.

— O yo desconozco la naturaleza del emperador, ó yo creo que no le perdona en su interior á Narciso la muerte de Mesalina, en quien halló siempre su naturaleza sensualísima un manantial de placeres.

— Tienes razón, Vitelio. Imposible de todo punto librar empresa ninguna sólida sobre voluntad tan incierta como la voluntad de Claudio. Parece imposible que engendrara hombre tal como Druso un hijo tan desmedrado en voluntad é inteligencia cual su Claudio. Aquél llevó las naves romanas por primera vez al Gran Océano, y éste capaz es de ahogarse con facilidad en cualquier vaso de agua. Así, los primeros ciudadanos acompañaron el cadáver de tan grande general á Roma, y el Senado le alzó un arco de mármol en conmemoración á sus victorias. Dotado de excelentes cualidades y apasionado por la gloria militar, amaba con ella la libertad an-

tigua. Si hubiera en su persona residido el poder alcanzado por Augusto, restaura la República. Mas Claudio no se le asemeja en cualidad ninguna. Enfermizo desde su nacimiento, no dispuso



Arco de triunfo erigido en Roma en conmemoración de las victorias de Druso
(estado actual)

del tiempo y de la vida sino para sufrir y llorar. Su madre Antonia, que anduvo muy enferma en el embarazo, lo creía un aborto y apenas lo contaba entre sus hijos. Su hermana Sivila lloró, cuando un adivino le anunció que reinaría Claudio en Roma, lloró amargamente por el pueblo romano. En las cartas de Augusto á su mujer Livia y en las cartas de Livia á su marido Augusto departen muchísimo acerca del nieto éste, y convienen á una en que jamás podría lograrse tal niño por su flaco cuerpo y su extinto ánimo. Al revés de lo que suele pasar en el común de los

mortales que sienten despertarse la voluntad mucho antes de que se despierte la inteligencia. Claudio sintió despertarse de joven la inteligencia y la fantasía en él, pero no la voluntad. Amó á Mesalina, y no quiso ni corregirla ni castigarla. Receló que Silio le birlaba el Imperio, y si Narciso no le va con empeño á la mano y no lo persigue con actividad, se calza el conspirador su Imperio. ¿Qué puede aguardarse de un hombre tan por extremo cambiante?



Druso, padre de Claudio

¿Qué puede uno prometerse de aquel que no ha de fijarse por completo en nada y que no querrá en el mundo á nadie por la parálisis de su voluntad? Augusto no le dejaba ir á los banquetes pontificios sino en compañía de algún maestro y guardián, bajo el temor de que hiciese cualquier barbaridad, cuando ya estaba muy entradito en años y debía reflexionar sus propósitos madurándolos con tiempo. Siempre le dijo que no asistiese á los espectáculos, pues lejos de servirse de ellos, él servía de verdadero espectáculo á los demás. Así, no le habréis visto en el Imperio ni de Augusto ni de Tiberio ni de Calígula sacrificar, como los demás príncipes imperiales, en el monte Albano, ni mucho menos concurrir á las latinas fiestas. Una vez que pidió el consulado á su tío Tiberio, desesperado este César de que pudiese optar á ningún cargo público, le respondió con la siguiente carta irónica: «Te mando cuarenta piezas de oro, para que te diviertas en las saturnales y en las sigilarias.» Y sin embargo, le da por la oratoria el naípe. Callado en la vida privada, tímido como una muchacha, balbuciente, creíanle idiota y mudo sus afines, por lo cual de niño, cuando lo dejaban un tanto suelto á la sobremesa, todos los huesos de aceituna y todos los huesos de dátíl iban á rebotar en su rostro, y se lo pintaban con tal número de maculillos, que parecía, en verdad, al acabar de comer, pintado de viruela; y sin embargo, si le presentaban cualquier tema retórico y cualquier tesis poética ó jurídica, disertaba sin tregua ni término, á roso y belloso. Y este orador tornadizo déjase dominar de las esposas y de los libertos en tales términos, que

siempre se halla bajo una reconocida tutela. Tres mujeres ha contado y en las tres ha tenido sucesión. Una de sus mujeres fué Vigulanila, en quien tuvo Druso y Claudia; otra Petina, en quien tuvo Antonia; otra la inmolada por Narciso ayer, en quien tuvo Británico y Octavia. Quiso mucho á Druso, que llevaba el nombre de su padre, y lo descuidó tanto que se le murió ahogado en Pompeya; quiso muchísimo á Claudia, y la expuso desnudita sin compasión ante la puerta del hogar de su madre repudiada, porque dice habíala ésta tenido de su siervo Boter. Y no quiero decirte cuántos dueños ha tenido en su misma servidumbre. Imposible contar los libertos que han mandado en él; verdaderamente imposible. El eunuco Pericles recabó de manos del emperador, con escándalo de todo el ejército, una lanza de caballero en Bretaña; casó al esclavo manumitido Félix con tres reinas; al gréculo Arpocras le concedió el distinguidísimo derecho de ser conducido en litera; al siervo lector Polibio le colocaba, como si fuese un César en persona, entre dos cónsules; al perverso Narciso le ha entregado todos los poderes y al buen Palas todos los dineros públicos de la Ciudad Eterna. ¿Quién puede apoderarse de una voluntad así?

— Hasme, Agripina, refrescado la memoria con todo este relato, y en verdad te digo que tu acusación fiscal de Claudio aparece á mis ojos como una defensa jurídica de nuestros propósitos. Muchos obstáculos se alzan y muchas barreras se tienden y muchos inconvenientes se suscitan en el camino que conduce desde nuestra situación presente hasta el trono imperial. Pero yo fío en tu estrella y en la mía. Hemos empezado una conjuración y hay que terminarla. Hemos decidido que tú heredes á Mesalina hoy, que mañana herede Nerón á Claudio, y hay que perfeccionar esta grande obra. Conozco las dificultades; pero me propongo superarlas, pues la victoria se acrecienta en mérito á medida que tiene fuerza mayor la resistencia. Veo cómo Narciso, tu implacable contrario, priva hoy mucho en su ánimo; pero también privaron otros y los olvidó, cuando no los detestó: veo que su Británico le atrae más ahora que cuando vivía Mesalina; pero también le atrajo Druso y lo dejó ahogarse allí en las riberas del Tirreno. Tras todo cuanto has dicho, creo que tú llegarás á emperatriz y á dominadora; podrá costarnos mucho penetrar en el ánimo de Claudio; pero, entregado y ren-